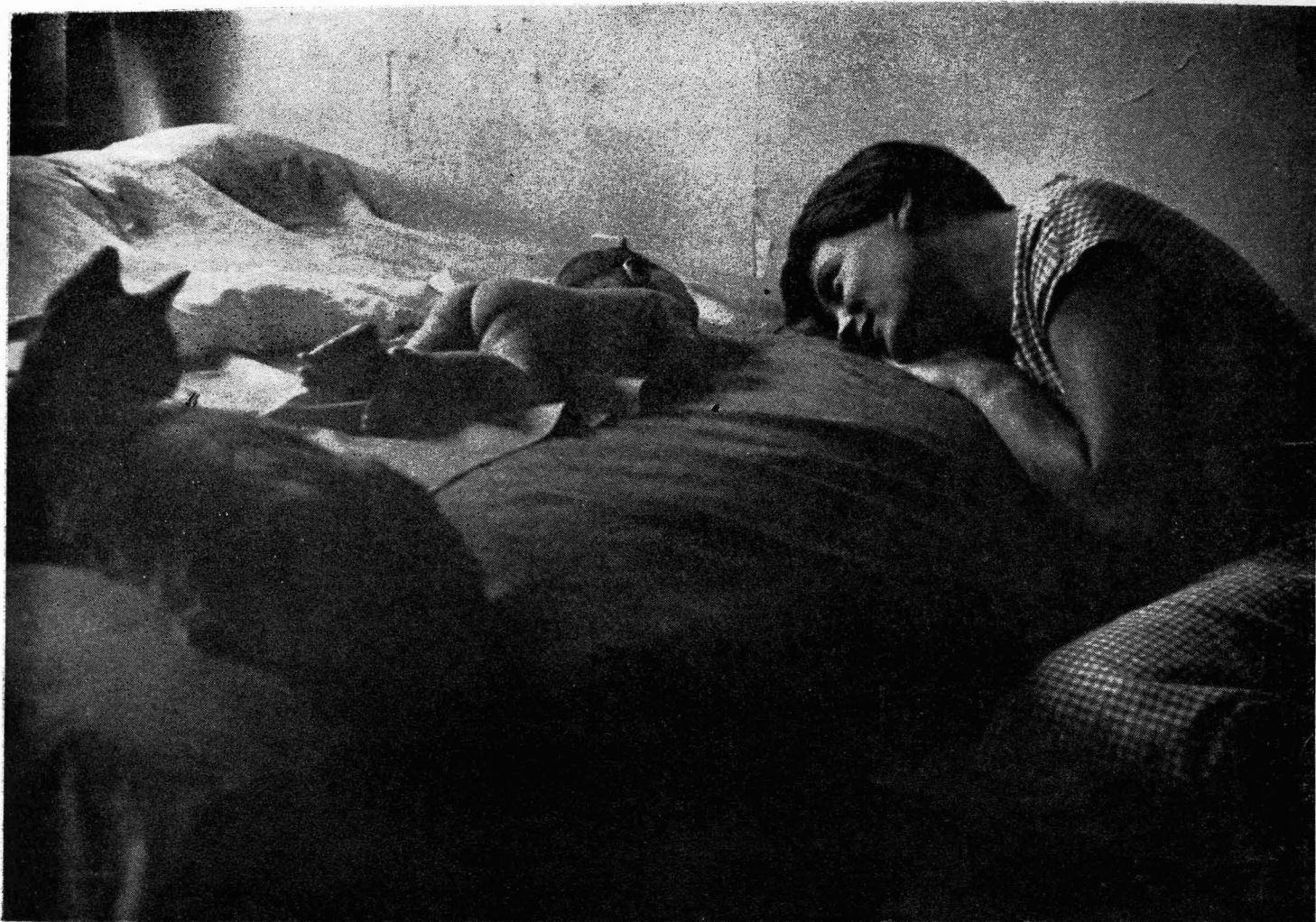




...hueso de mis huesos y carne de mi carne... (Foto de Elliot Erwitt)

LA FAMILIA DEL HOMBRE

EN momentos como éste, en que el público de México ha olvidado casi la fotografía como manifestación artística, la presentación de las 503 fotografías de *La Familia del Hombre* —seleccionadas entre cerca de dos millones, procedentes de 68 países— constituye un acontecimiento de verdadera importancia. La mayor parte de ellas fueron tomadas por fotógrafos de prensa quienes, por su oficio, están en íntimo y diario contacto con la realidad y acompañados de tal manera por el azar —factor tan importante en esta especialidad— que casi ha dejado de parecerles extraño.

Es, ésta exposición, una explicación de la historia de la humanidad en una gran tajada de presente, tajada decisiva y profunda que nos muestra al hombre integral, al hombre universal, aquel al que hace referencia la palabra *Hombre* escrita con mayúscula; y aunque también está allí el mundo físico en que vive su historia, la Tierra, “madre que nunca muere”, en estupendas fotografías de paisajes, una tras otra de estas obras maestras de la cámara se refieren al hombre en relación con sus semejantes, dentro de ese ciclo que continuamente se inicia, eternamente se abre, en el abrazo sublimado de un hombre y una mujer.

Los organizadores de esta magna exposición del Museo de Arte Moderno de Nueva York eligieron acertadamente, como referencia a cada uno de los temas, algunas frases sucintas, emanadas de las tradiciones o de los libros sagrados de las religiones de los diferentes pueblos, frases que añaden una nota más de universalidad al mensaje artístico del blanco y

Por Raúl FLORES GUERRERO

negro fotográfico: desde la Biblia hasta un simple escrito de Einstein, pasando por los textos hindúes, la filosofía griega, los proverbios rusos, las tradiciones africanas, los cuentos navajos y los pensadores contemporáneos; frases que son una expresión más de la vibración monacorde del grandioso corazón de la familia humana, de ese ritmo vital que las cámaras han captado en todas las razas y por encima de todas las distancias en mo-

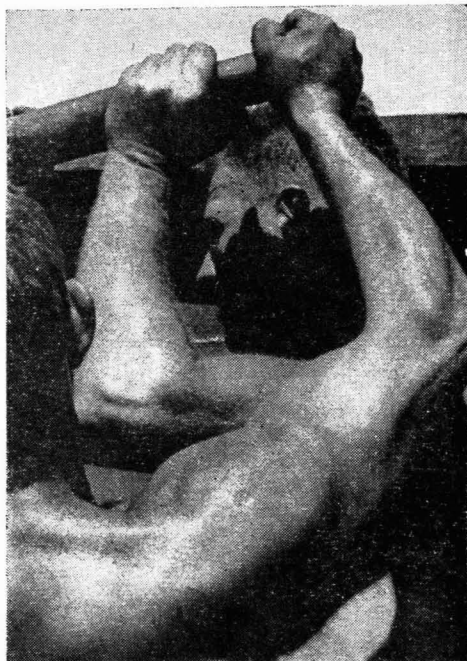


Foto de Jakob Tuggener

mentos inefables que escapan a todas las demás artes por su momentaneidad: el ansia de futuro y de vida en los ojos esperanzados de la mujer encinta; el grito decisivo y dual —madre e hijo— en el parto; el encuentro palpitante y sereno de un seno nutridor con una rodilla menuda o una mano pequeña e incansablemente móvil; la fusión de una mirada dulce y unos ojos llorosos. Son los ojos rasgados orientales; los senos, las rodillas de piel blanca o morena; es el llanto o la risa infantiles que resuenan en las cumbres de los Andes o entre las paredes miserables de algún cuarto de Harlem; es la ternura universal de la madre, inmutable en cualquier latitud, que lleva entre sus brazos al pequeño que es “hueso de sus huesos y carne de su carne”.

Ahí está, en la indeleble realidad de la fotografía, la sonrisa de los niños que no saben aún qué cosa es la miseria en que viven, pero también, están los rostros doloridos de los que han llegado a entenderla y comienzan a guardar su resentimiento “recónditamente, en aquel lugar silente donde acechan los temores infantiles”. Pero para todos ellos hay tiempos de llorar y hay tiempos de reír y sus juegos se llevan al cabo inevitablemente en todas partes, dando ocasión para que el fotógrafo capte las sombras alargadas de los corros que cantan “Doña Blanca”, en las calles y plazas, en los verdes jardines, en las ruinas de guerra y hasta en los cementerios; los cuerpos desnudos de los niños negros saltando ágilmente entre las dunas; la suprema aventura de aquellos que ya juegan a policías y ladrones en las calles de un barrio de

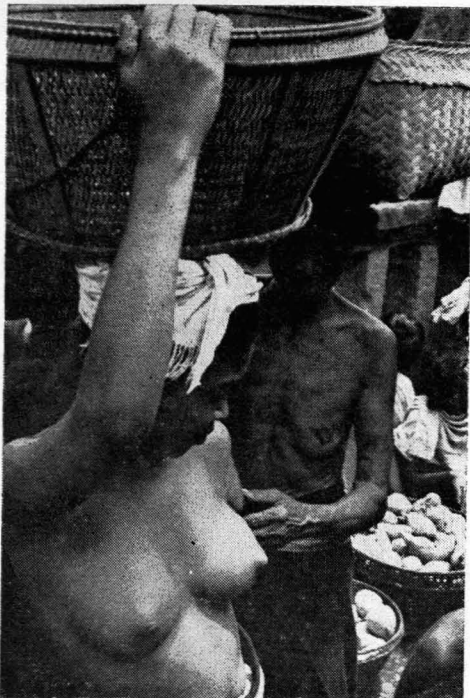


Foto de Henri Cartier-Bresson

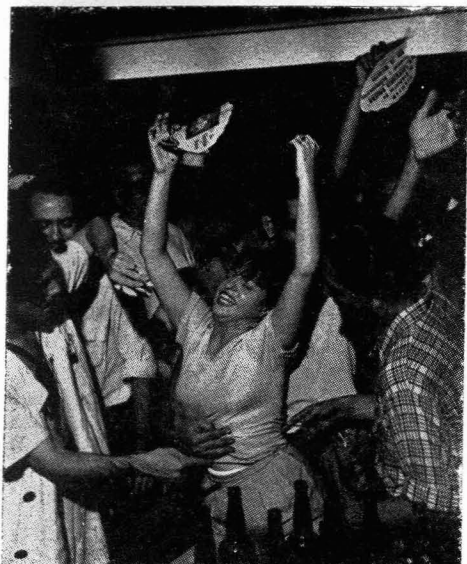


Foto de Conti Plankov

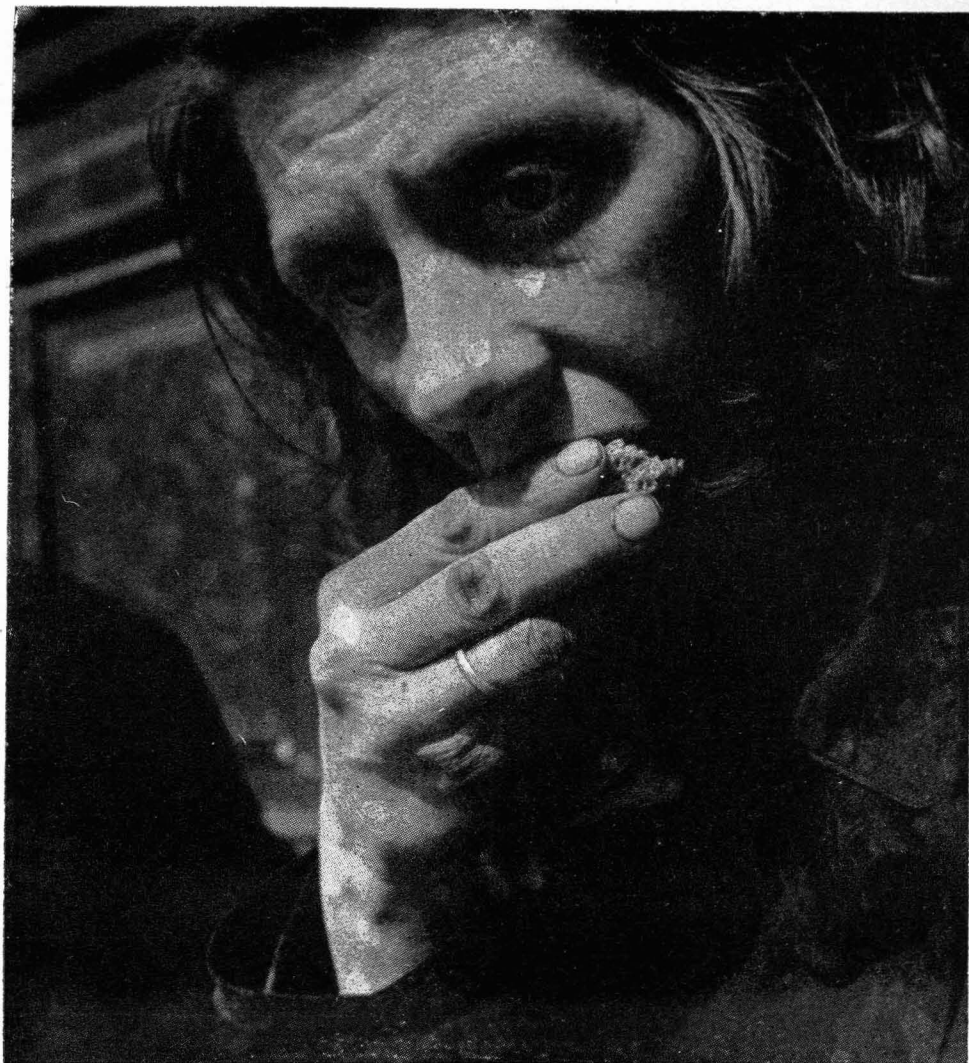


Foto Lennart Nilson

Brooklyn o bien el rostro radiante de aquel que con las melodías de una flauta primitiva llena la atmósfera del Cuzco. Un pequeño puede olvidar, en un momento dado, que existe la tragedia más allá del microcosmos de sus canicas, como ese que se arrodilla, con una distinción oceánica, sobre las losas de una calle de Java. Otros más, con los rostros cubiertos de mermelada, aprenden sin querer a jugar a la vida. Sin embargo todos quisieran llegar a ser grandes lo más pronto posible. Y pasarán por la adolescencia maravillosa en la que han de escribir en sus diarios: "creo que la gente es realmente buena en el fondo de su corazón". Estos momentos están aquí también testificados por la fotografía, las primeras coqueterías

encuentros. Ha llegado el momento de la búsqueda de esa otra mitad de nuestro yo que, como lo explicaban en la antigüedad, originalmente perdimos. Las bodas certifican el hallazgo final de mil maneras, según las tradiciones; y la cámara las ha detenido en el papel con todos sus matices, en China y en México, en la India y en el África, en Oceanía y en Europa, en los diversos ritos seculares que le dan al hecho de la continuación de la familia humana, por el matrimonio, su carácter espectacular.

En las fotografías familiares tomadas en distintas partes de la tierra las actitudes de los miembros de cada generación son siempre las mismas. Las abuelas muestran una mirada de orgullo al sen-



...nada es real para nosotros, sino el hambre... (Foto de Cas Oorthuys)

femeninas y los primeros noviazgos, los grupos juveniles desbordando con su felicidad el cauce de los veinte años para llenar con su anhelo de conocimientos las aulas universitarias o los alrededores de la choza del viejo de la tribu que les contará todo lo que sabe; presenciando cómo el hermano mayor, con los músculos tensos, levanta su lanza para matar un antílope u observando, en el pizarrón del laboratorio, las ecuaciones matemáticas que pueden llevar al descubrimiento de nuevas faces de nuestro mundo físico.

Entonces el amor invade la existencia, las bocas llaman a las bocas y los cuerpos a los cuerpos; entonces aparecen sentimientos que permanecerán vivos hasta la muerte, estremeciendo a todos los actores del escenario del mundo con el dolor de las despedidas y las alegrías de los

tirse rodeadas de su prole (la abuela norteamericana, tras los cristales de sus gafas, igual que la abuela africana, al parecer muy ufana de sus flácidos senos que fueron el principio nutridor de esas generaciones), los padres maduros sus facciones endurecidas por el rudo trabajo cotidiano, los hijos robustos un aire de nobleza que les viene de su limpia estirpe de trabajadores, los nietos traviesos y curiosos, embellecidos en algunas regiones por la costumbre de lavarse la cara y en otras por la de ensuciársela con círculos de colores brillantes.

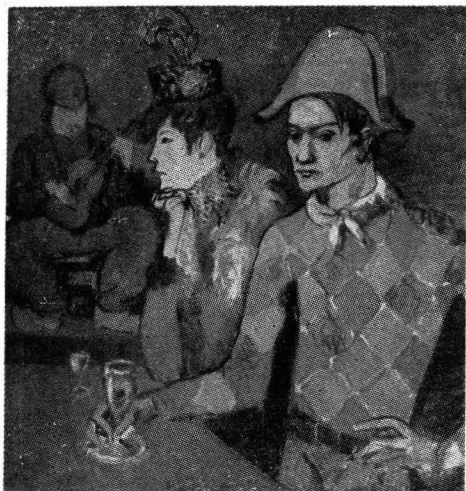
En este extraordinario testimonio artístico del siglo xx es notable observar que no es el hombre de negocios el que conmueve el ánimo, sino el sencillo trabajador del campo y de las fábricas: el leñador que hiende, con su hacha, el alma

de los bosques; el sembrador que hunde sus manos en la tierra y el que empuñando arados conmueve a la llanura; el minero cansado que aspira el aire libre al salir de su tumba; el negro que sudando gotas de explotación alimenta las calderas; el herrero de siempre sonando su martillo contra el hierro en el yunque; el albañil que expone su vida pendiendo de un cable sobre el abismo; el pescador, el peón, el remero incansable. En algunas de estas fotografías ni siquiera es necesaria la presencia total de los sujetos; unas manos moviendo una palanca o el

entrecruzamiento de dos brazos en tensión sobrehumana impulsando una barra son suficientes para evidenciar, por medio del arte fotográfico, quiénes son los que mueven al mundo. También la cámara ha captado el cansancio: en los puños de un hombre que se limpia el sudor con el puño cerrado, en los labios abiertos al chorro de una llave y después... la comida; comida de los gremios, en donde la cortesía consiste en no quitarse la gorra; comidas de familia ante la fuente humeante de la sopa; la comida en el campo: huevos duros y sal...

El libro del Exodo lo explica: "y sentóse el pueblo a comer y a beber y levantóse después a regocijarse." Aquí son las crinolinas, los lujosos abrigos, las bufandas y corbatas de etiqueta enmarcando la belleza masculina y femenina, el champaña en copas irisadas sostenidas por manos finas y de movimientos contenidos; allá es la blusa abierta, desbordante de piel bronceada, la camisa rota, las faldas levantadas por el movimiento de unas piernas que estremecen el aire al ritmo del jazz, la cerveza escurriendo en las grue-

(Pasa a la pág. 32)



El Conejo ágil (1905)

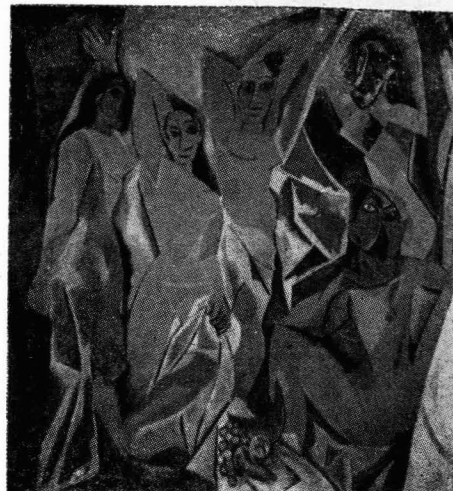
(Viene de la pág. 2)

tarse de que se trata de una misma imagen reproducida en diferentes planos ¿no será el mismo Picasso el hombre entre los dos espejos, que, confundido y burlado por espejismos, ya no sabe distinguir entre realidad y reflejo?

Este pintor, que ha experimentado con todo y lo ha reconocido todo como relativo, problemático o quizá como vano, descubre alrededor de los años 1906 ó 1907 la obra de Cézanne. ¿Qué encuentra? No como todos los demás una nove-



Cabeza de mujer (1907)



Las señoritas de Avignon

dosa manera de pintar, de construir superficies pictóricas o de organizar los colores, sino un principio creador: una ley.

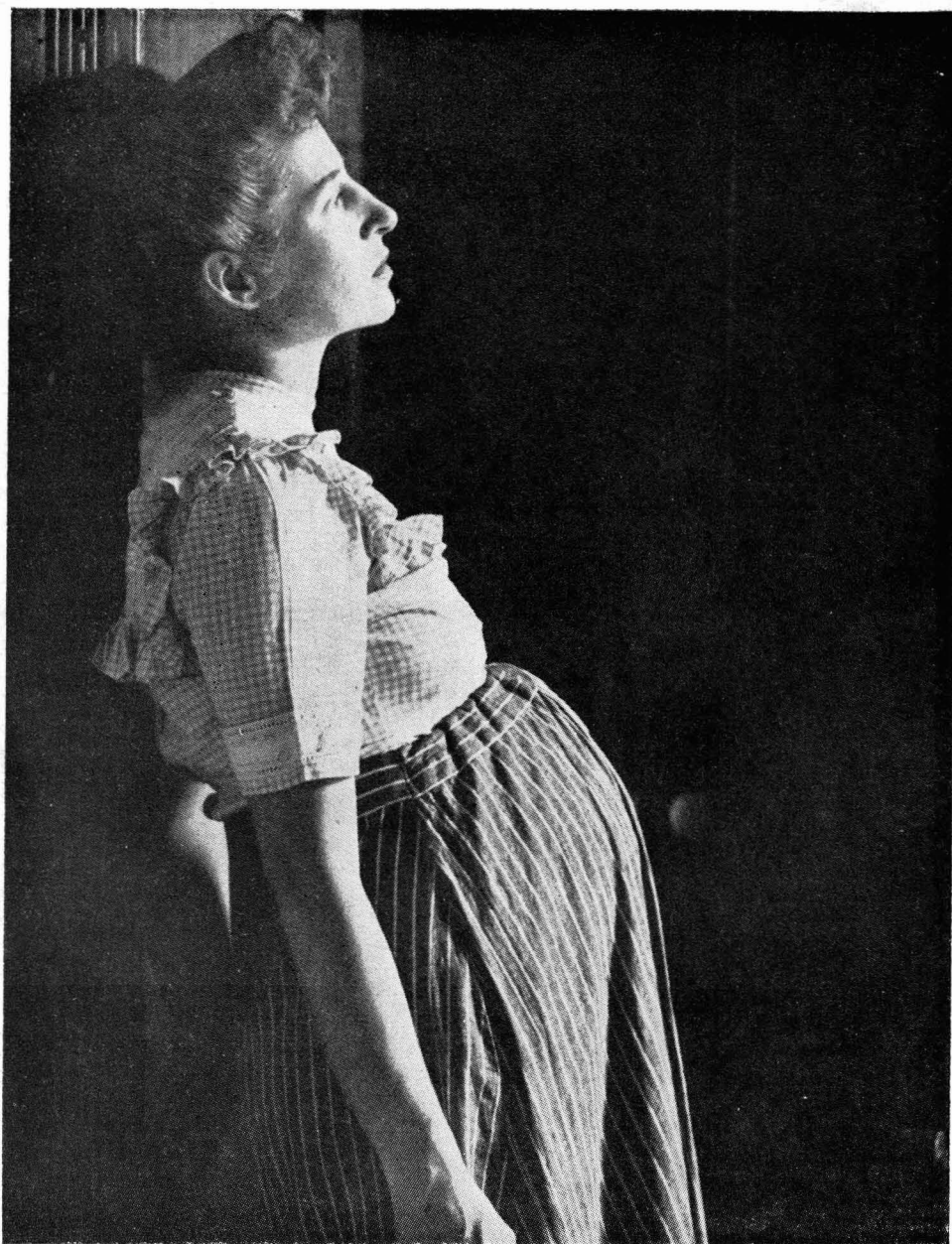
El cubismo es arte objetivo, realista, de un realismo integral. Esto suena a paradoja, y paradoja será para todos los que educaron su ojo de acuerdo con los cánones del arte renacentista. El cubismo rechaza el modo de ver tradicional, porque éste se contenta con captar la apariencia de las cosas; lo considera una convención artificial, igual que el modo de represen-



Los saltimbanquis (1881)



Familia del sastre Soler



...los ojos esperanzados... (Foto de M. Alvarez Bravo)

LA FAMILIA DEL HOMBRE



...una mano pequeña e incansable... (Foto de Wayne Miller)

(Viene de la pág. 12)

las paredes de los tarros, el sentido orgiástico de los carnavales populares. Antecedente afortunado, preámbulo natural de la vejez y de la muerte.

Pero en esta exposición fotográfica, testimonio vehemente y documento indiscutible de la historia actual, predomina sobre todos los aspectos de esta gran familia humana la miseria. Y es que la mayor parte de la Familia del Hombre está en desgracia. "¿Qué región de la tierra no está pletórica de nuestras calamidades?" ¿Quién ante estas fotos podrá cerrar los ojos ante la tragedia del hambre? Son de la India, claro está, esos viejos de manos implorantes y huesosas; son de China esos niños que sin saber llorar piden limosna; asiático es también ese pequeño que se muerde los dedos junto con el último bocado de arroz del plato abandonado. Pero también en Holanda un hombre come pan con el dolor destilado de sus ojos y en Estados Unidos un viejo sin trabajo o una madre angustiada con sus hijos famélicos reclinados en sus hombros, esperan un auxilio que no les llegará del más allá... ni del más acá; el mandolinista ciego, perdido en algún rincón de una ciudad italiana quizá no llegue a oír el sonido de la moneda que cae en su bote de hojalata. Todos ellos están "solos con el latido de su corazón".



...la sonrisa de los niños... (Foto de Gjon Mili)

Están aquí también ¿por qué no?, los fraticidas. Los nazis amenazando con sus ametralladoras a los niños judíos, como temiendo a sus lágrimas. Aquí, impresionante, el hongo atómico. Y asimismo las víctimas: los refugiados tímidos, las muchedumbres asustadas, los soldados caídos, las familias serenas caminando a las cámaras letales del campo de concentración. ¿Cómo no ha de llorar el viejo negro en su cabaña y la madre hindú en el hombro de su hermana y el soldado herido en el pecho de su compañero?

Esta es la Familia del Hombre que el arte fotográfico pudo reunir —el único— en sus contradictorias faces para que los hermanos se reconocieran y se identificaran. Por encima de todos estos contrastes permanecerá como un grito de esperanza en el drama humano esa frase de Shakespeare colocada en medio de los grupos infantiles con que la exposición termina... o comienza, como la vida misma: "¡Oh maravilloso, maravilloso y más maravilloso que maravilloso, y aún otra vez maravilloso!"